

SINDICALISMO FALANGISTA

Ceferino L. Maestú

(Periodista/Sindicalista)

En marzo de este año, y con ocasión del II Pleno del Congreso Sindical, se planteó, con cierta violencia, el problema más grave que, en mi opinión, tiene la C.N.S. española. Hábilmente preparado, se intentó pasar un proyecto que, para muchos falangistas, representaba, al parecer, la renuncia pública a la viabilidad del sistema que se empezó a construir en nuestro país después del 18 de julio de 1936. En la práctica, todo consistía en volver a los antiguos sindicatos clasistas —obreros y patronos—, aunque reunidos en una central sindical exteriormente única. Los enterados informaban por los pasillos de que sólo se trataba de una modificación formal, con vistas al juego político internacional, pero que el espíritu seguía siendo el mismo. Como en el mundo sólo existen sindicatos horizontales —decían—, hay que horizontalizar los nuestros, que, de esa manera, podrían incorporarse a las organizaciones internacionales correspondientes.

Pero el problema que afloraba era mucho más grave, mucho más hondo, aunque muchas personas quizá no lo vieran. Y es que, por debajo de la propaganda basada en la unidad de las clases, en la cooperación dentro de la empresa, en la solución pacífica de los conflictos, existe una realidad que, periódicamente, se manifiesta con el escándalo de los desórdenes laborales que, rutinariamente, siempre se achacan a determinados planes políticos de subversión alentados desde el extranjero.

Emilio Romero, hombre que lleva muchos años dedicado al estudio de los problemas sindicales, publicó en 1951 un libro en el que hay muchas ideas claras sobre ellos. Con agudeza periodística, describe así el panorama que se palpa en el seno de la actual Organización Sindical española:

“La lucha de clases está viva. Lo que ocurre ahora es que es sorda. Para verla nos tenemos que asomar a la entraña misma de la empresa, a los íntimos y sencillos Tribunales de Conciliación Sindical, a las solemnes salas de las Magistraturas de Trabajo. Pero hay algo todavía más curioso. Se ha arrancado de sus antiguas asociaciones de clase a obreros y a patronos y se les ha instalado en una sola organización y en una sola casa. En cuanto se han visto, en cuanto se han sentido, han estimado que debían seguir pegándose. Por lo menos en donde el oportunismo no ha cerrado el

paso a la sinceridad. ¿Pero es que podía esperarse otra cosa? ¿Si no se han atacado los fundamentos de la lucha, quién podía esperar que se abrazaran? Las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores, manteniendo el mismo sistema de producción, no es atacar la lucha de clases. La Política Social —sigue diciendo Emilio Romero— irrita a los empresarios y les parece siempre poco a los obreros. Esto es hablar claro. Quien esté metido, inmerso, en la realidad, sabe hasta qué punto nos asiste la razón. Resultaba obligado reunirlos. Hemos violentado los cauces del sindicalismo clasista. Había que levantar enseguida los bastidores de una nueva política y se llamaba —gozosamente— a lo sindical, a lo social, para esto. Lo que no puede admitirse es esa facilona actitud de suponer que meter a los obreros y a los empresarios en un misma entidad, dejándoles sus querellas, era bastante para que se conciliaran. España no ha descubierto, ni sus sectores sindicalistas más responsables lo han intentado, una conciliación, sin meterse quirúrgicamente en las entrañas de la lucha de clases. Es mentira —si alguien tiene bastante tontería encima para proclamarlo— que los obreros y los empresarios españoles vivan en paz dentro de los Sindicatos y fuera de ellos”.

Estas palabras de un hombre de tanta experiencia sindicalista, como lo es Emilio Romero, constituyen un testimonio decisivo para descubrir dónde está el peligroso problema social que los sindicatos actuales no han logrado aún resolver, y que explicaba, en cierto modo, la maniobra prevista para el II Congreso Sindical.

EXAMEN CRÍTICO DE LA SITUACIÓN ACTUAL

Ahora bien, lo grave es que dirigentes políticos como José Antonio Primo de Rivera, que intuyeron, perfilaron, pregonaron y hasta dieron con su muerte valor de mito al nacionalsindicalismo, ya habían dicho claramente lo que los futuros sindicatos —estos de hoy— no debían ser. Podría interesar mucho descubrir por qué extraños caminos se han torcido las ideas y se han llenado de símbolos falangistas, valiosos para nosotros y para los hombres que murieron combatiendo, en la guerra o en la paz, unas organizaciones básicamente reaccionarias, inicialmente represivas, a las que se han asignado funciones en muchos casos importantes, pero que no podían estar más lejos de la idea joseantoniana y hasta de la del propio Ramiro Ledesma Ramos.

José Antonio, hablando el 9 de abril de 1935 en el Círculo Mercantil de la capital de España, decía:

“Esto del Estado Corporativo es otro buñuelo de viento. Mussolini, que tiene alguna idea de lo que es el Estado Corporativo, cuando instaló las veintidós Corporaciones, hace unos meses, pronunció un discurso en el que dijo: ‘Esto no es más que un punto de partida; pero no es un punto de llegada’. La organización corporativa, hasta este instante —explica José Antonio Primo de Rivera—, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; patronos forman otra gran Federación..., y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional, está bien; pero notad bien que éste es, agigantado, un recurso muy semejante al de nuestros Jurados Mixtos. Este recurso mantiene hasta ahora intacta la relación del trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da el trabajo y la posición del que arrienda su propio trabajo para vivir”.

Un camarada nuestro, que ocupa un alto cargo en uno de los Sindicatos nacionales, y que es una figura prestigiosa de la Vieja Guardia, intentaba explicarme hace unos meses, con la mejor buena fe, cómo la estructura sindical actual era la mejor, y cómo era necesaria la presencia de una “línea político-administrativa”, encargada del arbitraje entre patronos y obreros. Como él, son muchos los “hombres de la Falange” que no han tenido, al parecer, el tiempo de meditar a los fundadores para comprender, a la luz de la propia experiencia y evolución personal, el penetrante mensaje que José Antonio llegó a exponer, a pesar de la mentalidad de los hombres de su época, para entregarlo ahora, vivo y fresco, como una fruta de este tiempo.

Hay una explicación a todo esto, que quizá convenza: La Falange nació y creció al amparo de un estado general de subversión creciente, con peligros tremendos para los valores fundamentales de la tradición nacional, para todos los valores patrióticos. Aunque José Antonio y Ramiro quisieron poner el acento tanto en lo patriótico como en lo social,

la música de aquel tiempo desequilibró ampliamente, en la calle, en los campos, en la universidad, en la fábrica, el problema hacia lo nacional. Muchísimos falangistas de la Vieja Guardia llegaron a la Falange por patriotismo y no tanto por la atracción de sus ideas sociales y económicas. Y estos hombres combatieron con una camisa azul y hasta murieron muchos con ella, conociendo sólo una parte del mensaje de la Falange Española de las JONS. A pesar de la enorme actividad desplegada por los fundadores, éstos no pudieron llegar todas las veces que hubieran deseado al contacto directo y público con la totalidad de los militantes, y los medios de difusión de las ideas, con los que ellos contaban, en aquel momento, no eran tampoco suficientes para entregar y propagar el mensaje completo. La mayoría de los falangistas de la Vieja Guardia y la mayoría de los que se incorporaron durante la guerra civil, y que han tenido en sus manos la oportunidad de construir políticamente desde 1939, venían con un bagaje ideológico no falangista, en muchos casos, o se cargaban precipitadamente con las experiencias socialistas de moda del fascismo y del nazismo. Pocos fueron capaces de creer —sin duda por ignorancia, como digo— en la originalidad posicional de José Antonio, y la historia contemporánea lo demuestra, quizá porque, en el fondo, muchos de ellos no habían tenido ni tiempo de descubrir aún en él al jefe indiscutible, al jefe que en plena juventud había sido capaz de dar en la difícil diana de los problemas de su tiempo.

Pero lo que me sorprende más, mucho más, y supongo que a vosotros igual, es que incluso algunos de los íntimos colaboradores de José Antonio Primo de Rivera en la obra de la Falange tampoco conocieran a fondo su pensamiento sindicalista y ni tan siquiera hubiera reparado en las ideas claves hechas públicas por él. Por otra parte, José Antonio, jefe político, tampoco alumbró de la nada su ideología sindicalista. Las corrientes de pensamiento estaban en la calle desde mucho antes, no eran una completa novedad. José Antonio, como todos los hombres geniales de la política, se limitó a una formulación nueva de muchas ideas de otros, descubriendo posibilidades, soluciones inéditas, caminos escondidos.

La realidad es que las ideas sindicalistas proclamadas públicamente por José Antonio, y dispersas en sus discursos y conferencias, como he dicho anteriormente, eran desconocidas al terminar la guerra por un número quizá demasiado grande de sus camaradas, y hasta de sus más importantes camaradas.

Así, a nadie debe extrañar que se impusiera la mentalidad derechista-nacional, combinada con las concesiones socialistas del fascismo, llegado el momento de construir los Sindicatos actuales, alumbrando esta realidad de unos sindicatos verticales que no lo son más que en el papel, en la intención, de nombre; de unos sindicatos que hubieran horrorizado, sin duda, o por lo menos sorprendido, al propio José Antonio.

En la conferencia del Círculo Mercantil de Madrid, decía también el Primer Jefe Nacional de la Falange: “Pues con estas vaguedades de una organización corporativa del Estado y del Estado fuerte, y de armonizar el capital y el trabajo, se creen los representantes de partidos de derecha que han resuelto la cuestión social y han adoptado la posición política más moderna y justa”.

Pero, como explicaban anteriormente las palabras de Emilio Romero, el problema sigue en pie, la lucha de clases, más o menos apagada o dominada, continúa, y los Sindicatos actuales no son capaces de acabar con ella.

Hay quienes defienden a la Organización Sindical diciendo que construye millares de viviendas, que tiene parques sindicales y residencias de descanso, que cuenta con centros de formación profesional y hasta que desarrolla una interesante labor de estudio y de planificación teórica. Pero, volviendo a Emilio Romero, podríamos decir, con sus mismas palabras: “Más de una vez se ha escuchado que lo asistencial es tarea esencial de los Sindicatos. Cuidado con esto. Este es el ataque más sutil a la fórmula de una organización de base y de sentido sindicalista...” Lo asistencial, sin embargo, tiene raíces sentimentales. Puede movilizar satisfacciones, y hasta puede embaucar de tal suerte, a algunos, para que lo asistencial pase a ser de adjetivo a sustantivo.

No, desde luego, lo asistencial no puede justificar la existencia del gigantesco aparato del sindicalismo actual. Son adornos, perifollos, pero no lo llenan.

Otros, durante muchos años, han estado esgrimiendo a los sindicatos como una fórmula genial de representación política. Y en relación con su autenticidad o no autenticidad representativa se han roto muchas lanzas.

A principios de verano, un antiguo camarada, miembro de mi centuria, que ahora milita destacadamente en el socialismo clandestino, discutía, sobre el sindicalismo español. El primero decía que los Sindicatos eran una farsa y que no eran representativos, mientras que el otro sostenía que sólo eran parcialmente representativos. Pues bien, todo esto, para nosotros, falangistas, nacionalsindicalistas, no es fundamental, aunque sea importante. El acento de nuestro sindicalismo no está en su capacidad o en su posibilidad representativa. José Antonio, en la apertura del Primer Consejo Nacional del SEU el 11 de abril de 1935, dijo: “Los Sindicatos no son órganos de representación, sino de actuación, de participación, de ejercicio”. Y en el número 28 de *Arriba*, en enero de 1936, sostenía que el Sindicato no lo concebía como “simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo”.

Emilio Romero, en su libro titulado *La conquista de la libertad*, dice: “Los Sindicatos se constituirán para el ejercicio de la función económica solamente, en el caso de estar ya reformada la empresa...”.

Como es lógico, esta organización necesitaría de una asamblea deliberante, de unos instrumentos de planificación y de coordinación, de un aparato técnico, de un sistema de arbitrajes y hasta de un Ejecutivo, individual o colegiado.

En el número 20 de *Arriba*, el 21 de noviembre de 1935, escribía José Antonio: “Esta solución nacionalsindicalista ha de producir las consecuencias más fecundas. Acabará de una vez con los intermediarios políticos y los parásitos. Aliviará la producción de las cargas con que la abrumba el capital financiero. Superará su anarquía, ordenándola. Impedirá la especulación con los productos, asegurando un precio remunerador. Y, sobre todo, asignará la plusvalía, no al capitalista, no al Estado, sino al productor encuadrado en sus Sindicatos”. En el frontón Betis, de Sevilla, confirmó: que consideraba a los futuros sindicatos como “depositarios de la autoridad económica que se necesita para cada una de las ramas de la producción”.

Por lo que se refiere a los sistemas de financiación, hay que recordar lo que ya dijimos antes, que José Antonio prometió, en el teatro Pereda, “a los quince días será nacionalizado el servicio de crédito”, y que las empresas, “en virtud de la organización nacionalsindicalista”, podrían suministrarse gratuitamente los signos de crédito. Más tarde, el 8 de febrero de 1936, en el Teatro Principal de Sanlúcar de Barrameda, añadiría: “Cuando todos nos unamos y nos constituyamos en nuestros propios banqueros y tengamos una organización corporativa propia, en una unidad de intereses y de aspiraciones.”.

Pero otra cosa bien importante a destacar es que los Sindicatos no serían sindicatos estatales, sino libres, “órganos vivos e imprescindibles en el cuerpo de la Patria” (como decía el Primer Jefe Nacional en la conferencia pronunciada en 1935, en el curso de formación de FE de las JONS), en los que el Estado “se descarga de mil menesteres que ahora, innecesariamente, desempeña. Sólo se reserva los de su misión ante el mundo, ante la Historia”. Anteriormente, en el discurso de proclamación de la unidad de FE de las JONS en Valladolid, ya lo había dicho también: “Y el Estado español puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales de Poder, descargando no ya el arbitraje, sino la regulación completa, en muchos aspectos económicos, a entidades de gran abolengo tradicional: a los Sindicatos”.

También en el discurso de Valladolid declaró: “El liberalismo dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuera garantía de esa libertad. Es, pues, necesaria una garantía económica organizada; pero dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte, y sólo puede ser fuerte, sin ser tiránico, el Estado que sirve a una unidad de destino. He ahí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo”.

Continuando con la concepción joseantoniana del Estado, en sus relaciones con el Sindicalismo, hay que leer el artículo publicado en el número 2 de *Arriba*, el 28 de marzo de 1935, con el título: “La Revolución necesaria”. En él se dice:

“El Estado debe tener autoridad e independencia para:

- a) Coordinar los intereses, casi siempre divergentes, de los cuerpos económicos y sociales (sindicatos, regiones) y arbitrar sus diferencias.
- b) Asegurar una disciplina, a la vez larga y estricta, con vistas a orientar las actividades particulares hacia el sentido de interés general.
- c) Defender eventualmente los derechos y las libertades de la personalidad individual contra los abusos de la autoridad de las colectividades sociales.

Como puede verse, el Estado dejaría a los Sindicatos, como instrumentos de organización libre de la sociedad, la dirección de la Economía, descargando en ellos gran parte de las funciones que actualmente le corresponden, lo que también implicaría lógicamente una reducción proporcional de las cargas tributarias de las empresas. Pero el Estado permanece como supremo representante del Poder, como figura cumbre del poder político, en el que residen siempre las últimas exigencias del mando para la defensa de los superiores intereses individuales y colectivos”.

¡Qué lejos está este sindicalismo de lo actual y de lo que nos echan como baldón totalitario los enemigos de la Falange! En la famosa conferencia del Círculo Mercantil, dijo José Antonio: “Esta revolución en la economía no va a consistir, como lo dicen porque se les pega al oído, sin dedicar cinco minutos a examinarlo, en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal”.

En el prólogo al libro de Pérez de Cabo, sobre la Falange, decía también: “Como uno de los rasgos característicos del español es su perfecto desinterés por entender al prójimo nada puede parecerse menos al sentido dramático de la Falange que las interpretaciones florecidas a su alrededor en mentes de amigos y enemigos”.

BASES PARA UNA LUCHA

¿Quiénes tienen una visión clara y generosa de lo que es realmente la Falange? Contra nosotros se han dicho muchas cosas, con buena y mala intención, y quizá seamos en gran parte merecedores de ello, correspondiendo bastante de la culpa a los dirigentes de estos años, desde 1936, porque, en muchas ocasiones, no acertaron a mantener el rumbo, no han sabido o no han querido.

Decía José Antonio: “Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo que ningún movimiento político haya venido al mundo con un proceso interno de más austeridad, con una elaboración más severa y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones”.

¡Cuántas lecciones para todos hay en estas palabras de nuestro Jefe Nacional! Él daba siempre ejemplo de rigor intelectual, de austeridad, de espíritu de sacrificio. Sólo poniendo en juego esas virtudes es posible serle fiel, y, con él, a los millares de hombres que han servido y han muerto por la bandera que él representaba.

¿Verdad que el mensaje de José Antonio está vivo? ¿Verdad que al escuchar sus palabras, las que con toda modestia y respeto me he permitido alinear en estos minutos de charla, sentíais escalofríos de emoción? Porque José Antonio sí dijo cosas, sí nos dijo claramente lo que había que hacer. En su mensaje identificamos la pureza de nuestra doctrina y de nuestro programa. ¿Verdad que eso sí es la Falange? ¿Verdad que esas ideas si son capaces de volver a entusiasmar a la nueva juventud española, a los campesinos, a los trabajadores, a nuestro pueblo sencillo, que está cansado de tanta palabrería sin contenido, de tanto paternalismo, de tantos mensajes vaticanos a la bondad de los

hombres, y desea, simplemente, encontrar un sistema por el que pueda recobrar el puesto que en la tierra le concediera a los hombres nada menos que Dios?

No sé cuantas posibilidades inmediatas tendremos ya, como dije anteriormente, de realizar estas ideas olvidadas, pero sí creo que en ellas está la solución y, por lo menos, debemos transformarnos en sus apóstoles, en sus patrocinadores infatigables, para ver si llegamos a las conciencias de todos y, con espíritu de sacrificio, logramos despertar nuevamente la fe y el entusiasmo de los hombres de España en nuestra generación.

“Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve”, decía José Antonio. Y en otra ocasión añadió: “Cuando se ha aprendido a sufrir se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo”. Si sabemos actuar así, con pasión y generosidad, los caminos no se nos cerrarán nunca y nuestras banderas permanecerán en alto.

Habrán quienes seguirán diciendo que todo el esquema de ideas anteriormente expuesto no basta. Es verdad, pero ahí está el norte y con él la vista resulta difícil perder el rumbo. En la vida, lo más importante no es saber por dónde hay que ir, sino adónde hay que ir. Después, los que tengan que resolver los problemas técnicos del mejor camino, tendrán que enfrentarse con ellos y proponer las soluciones técnicas más satisfactorias.

Camaradas, el mensaje de José Antonio Primo de Rivera llega hasta nosotros, en 1962, como si estuviéramos en 1936. Los que no pudimos verle en el cine Madrid, con los puños crispados, sobre el telón de fondo de los muertos gloriosos de la Falange, cerramos los ojos y le escuchamos. Sus palabras vibran en nuestros oídos y remueven el corazón. José Antonio, para remordimiento y sobresalto de muchos, no ha muerto, está con nosotros y continúa con sus flechas y su voluntad de mando, nos sigue guiando y descubriendo a los que quieren meternos el contrabando de la vieja política. ¿Quién ha dicho que nos faltan jefes? José Antonio lleva más de veinte años ganando batallas. Muchos de nosotros nos hemos hecho falangistas por él, y sólo por él; la lectura de sus discursos y de sus artículos nos descubrió un mundo distinto, nuevas posibilidades para la acción y la realización política. Han sido muchos los que, colocándose entre él y sus gentes, han intentado darnos sus propias y particulares ideas, sin estar en la línea de pensamiento y de conducta del Jefe Nacional. Pero pronto los hemos descubierto. ¿No es verdad?

Ahora, los falangistas estamos dispersos. Como decía un viejo camarada: “Hay falangistas, más no tenemos Falange”. Pero no todos los que visten la camisa azul son falangistas; no basta llamarse falangista para serlo, ni bastan los méritos personales en el servicio. Hay muchos que están cuajados de victorias para la Falange y, sin embargo, no saben aún lo que es la Falange. Toda esta cizaña hay que cortarla, si queremos que grane el trigo limpio o, por lo menos, identificarla y apartarla para que no siga haciendo mal.

Pero ¿cómo identificar a los auténticos falangistas? No es tan difícil. Basta escuchar a José Antonio. Estas frases suyas son toda una definición.

1. La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande.
2. Nosotros renunciaremos, nosotros nos sacrificaremos y de nosotros será el triunfo.
3. El estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo.
4. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás.
5. Sea cada uno de vosotros un aguijón contra la somnolencia de lo que os circunda. España nos tiene que ser incómoda. Nosotros la amamos con voluntad de perfección.
6. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar...
7. Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla.
8. Sólo la fe remueve montañas, y la fe, en un gran destino español, es el patrimonio de ese movimiento que nos convoca a sus filas. La revolución es la tarea de una resuelta minoría, inasequible al desaliento.

9. Nosotros no aspiramos a nada. No aspiramos si no es, acaso, a ser los primeros en el peligro. Nosotros no somos revolucionarios como esos que empiezan a ser revolucionarios para acabar encaramándose sobre sus compañeros de revolución y pasear el triunfo final en automóviles oficiales.

10. Hay que considerar la vida como milicia, disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza, a la maledicencia. Hay que enseñar a creer en Dios, en la Patria y en la obra de salvar a España, mediante una alegre vida de trabajo y de milicia. Porque nuestros hombres han de ser mitad monjes y mitad soldados.

Quizá resulte difícil para muchos de nosotros llenar plenamente este ideal, pero lo importante es creer en él. Si no se cree en él, si no se creó, al menos, que eso es lo que se debe ser, no se es falangista; si no se hace un mínimo esfuerzo para alcanzar esas metas personales, no puede nadie considerarse falangista, militante falangista, ni nadie puede ser considerado como tal por los demás. “El hombre es el sistema”. Los movimientos políticos, viejos preferían a los más hábiles, a los más cucos a los que tenían mayor capacidad para la maniobra y el engaño, porque lo importante era triunfar de cualquier forma. Así se desprestigió la política y sus hombres. Nosotros, los falangistas, aportamos a la vida política española algo nuevo, distinto, que es también, quizá, lo más importante que trae la Falange: un estilo nuevo de entender y de hacer la política. Por ello, no podemos ofrecer puestos de servicio militante y mucho menos de mando, a quienes no hacen honor a nuestro estilo. Porque la Falange no es sólo una forma de pensar, sino un modo de ser, un modo de vivir lo que se cree. Queremos hombres honrados, que construyan sus vidas con dignidad, a quienes pueda mirarse porque sus caras estén limpias y sus ojos sigan siendo claros.

Camaradas, nuestro Sindicalismo esta por construir, es sólo una posibilidad en nuestras manos y tenemos que defenderlo con uñas y dientes. En ello nos va la vida. Como ya le fue hace años, en aquel lejano 1935, a José García Vara, el primer caído de nuestros Sindicatos, y del que tan pocos se acuerdan ya. En aquella triste fecha heroica, como si fuera hoy, José Antonio Primo de Rivera dijo: “Yo os pido que les demostréis con vuestra conducta cómo sabemos sufrirlo todo, recogiendo de entre la sangre de nuestros hermanos su animoso espíritu, para seguir imperturbables nuestra ruta”.

Esas palabras son toda una lección. Ya no es hora de hablar. Hay que dar descanso a la retórica. Los duros combates, los violentos agostos de estos años han servido para eliminar a los flojos y a los cobardes. Ahora es el momento de recoger otra vez la caída bandera de los camaradas muertos, la que abrazan contra su pecho en sombra, para que la fe tenaz de unos hombres sin descanso la haga ondear, algún día, con la risa juvenil de la primavera, esa primavera que alguna vez, quizá, llegamos a creer perdida para siempre.

Por el Pan, la Justicia y la Libertad.
¡Arriba españoles!
¡Arriba España!

[Texto de la conferencia inaugural del curso 1962-1963 pronunciada por Ceferino L. Maestú en la “Tribuna Libre”, del Círculo Doctrinal “José Antonio”, en el Salón de Actos del Instituto Nacional de Previsión de Madrid, 22 (¿?) de noviembre de 1962]

